

Dejar la ONU como está

[Samantha Power](#)

Para Naciones Unidas, tener importancia puede ser casi tan peligroso como no tenerla. En un año, el Gobierno de Bush ha pasado de hostigar al organismo a rogarle su ayuda. Se están creando o ampliando misiones de paz de la ONU en Burundi, República Democrática del Congo, Haití y Costa de Marfil. A finales de 2004, seguramente, estarán en acción más *cascos azules* que nunca.

"La idea de que la ONU puede seguir avanzando a trompicones, pese a su atrofia actual, resulta muy atractiva en todo el mundo. Pero creer que las condiciones actuales son suficientes es arriesgado"

Aunque algunos defensores de la ONU muestran su satisfacción por el hecho de que el mundo depende cada vez más de ella, no están las cosas como para alardear. La pesada responsabilidad recae sobre los hombros de una institución que los gobiernos nacionales han mantenido débil a propósito. Después de 60 años, la maquinaria de Naciones Unidas no ha estado nunca tan mal preparada, y su credibilidad ha caído en picado. Las grandes potencias, concentradas en el terrorismo y la seguridad nacional, ponen en manos de la ONU otras tareas, esenciales pero desagradecidas, que antes quizá hubieran abordado ellos (o ignorado). Sin cambios importantes, es muy posible que la organización se derrumbe bajo las presiones crecientes.

La idea de que Naciones Unidas puede seguir avanzando a trompicones, pese a su atrofia actual, resulta tremendamente atractiva en las capitales de todo el mundo; pero creer que las condiciones actuales son suficientes es arriesgado. Por desgracia, la mayoría de los que podrían cambiar la organización están interesados en resistirse. Ninguno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad está dispuesto a renunciar al derecho de veto; los países más pequeños están felices con su voto en la Asamblea General, que cuenta tanto como el de los grandes; a los regímenes represivos les encanta participar en los organismos de derechos humanos, porque les permite sabotear resoluciones embarazosas, y las potencias occidentales, cuyos soldados y recursos se necesitan para reforzar las actividades de pacificación

de la ONU, tienen otras prioridades. Incluso dentro del organigrama de la organización, muchos veteranos se resisten a reformas drásticas. Y, aunque los funcionarios de la organización, incluido el secretario general, se dan siempre prisa (y con razón) en achacar a los Estados miembros las limitaciones, pocas veces encuentran el valor para señalar los países concretos que, con su obstinación, tacañería y abusos, socavan la Carta de Naciones Unidas.

Por supuesto, muchas de las críticas dirigidas contra la organización son injustas. Es un lugar para que los Estados se enfrenten o negocien con arreglo a lo que dicten sus intereses nacionales. Y, desde el punto de vista operativo, la organización lleva a cabo numerosas tareas indispensables: alimentar, dar refugio e inmunizar a millones de personas, e incluso, de vez en cuando, desarmar a algún dictador iraquí. Pero la reputación de la ONU, hoy día, depende de la actuación y la supuesta legitimidad de tres de sus componentes más visibles: el Consejo de Seguridad, la Comisión de Derechos Humanos y los encargados del mantenimiento de la paz. Todos necesitan que los reformen o los rescaten.

Ilustración sobre el hiperconsumismo

Image not found or type unknown

La existencia de miembros permanentes en el Consejo de Seguridad –concedida a los vencedores de la Segunda Guerra Mundial y Francia– es anacrónica. El Reino Unido y Francia no pueden afirmar con justicia que poseen dos quintas partes de la autoridad legal del mundo. En otro tiempo, los cinco miembros permanentes representaban casi el 40% de la población mundial; ahora, el 29%. La mayor democracia del mundo (India) está excluida; también lo están potencias regionales como Nigeria y Brasil, por no hablar de todo el mundo islámico. Los miembros permanentes son los que deciden cuándo una serie de atrocidades justifica la intervención humanitaria, pero en esa decisión intervienen dos de los que más violaciones de los derechos humanos cometen (Rusia y China) y un país (EE UU) que se considera exento de la mayoría de los tratados internacionales sobre

la materia. Aunque, en algunos casos, todavía despierta codicia, el *imprimatur* del Consejo está perdiendo su brillo a toda velocidad.

La Comisión de Derechos Humanos, el foro de 53 Estados con sede en Ginebra, se ha convertido en una farsa politizada. Como acepta a todos los que acuden, entre sus miembros se encuentran algunos de los regímenes más crueles del mundo. Libia presidió la Comisión el año pasado, y este año se incorporó Sudán, que está en plena limpieza étnica de cientos de miles de africanos en Darfur. Hasta que la pertenencia no lleve asociadas determinadas responsabilidades, la institución acogerá a demasiados violadores de los derechos humanos y no condenará a los suficientes.

Cuando los Estados del Consejo de Seguridad le dicen al secretario general que envíe tropas a una región, sus pacificadores, muchas veces, se enfrentan a tareas imposibles. Las zonas de conflicto en las que se adentran están entre las más traicioneras del mundo, pero son siempre aquellas en las que Occidente no tiene en juego grandes intereses económicos ni de seguridad. No es coincidencia que los soldados carezcan siempre de los medios suficientes para mantener la paz. En los 90, los *cascos azules* encadenados a las farolas serbias se convirtieron en símbolos de la impotencia de la comunidad internacional, cuando las potencias occidentales enviaron tropas mal armadas a Ruanda y a la antigua Yugoslavia, sin el mandato ni los medios necesarios para detener el genocidio. Para adaptarse al inesperado aumento de la demanda de fuerzas de pacificación el año pasado, Kofi Annan (a quien le gusta decir, en broma, que "SG" significa "*scapegoat*", "chivo expiatorio") ha pedido más tropas, recursos de información y apoyo logístico, además de la posibilidad de pedir refuerzos.

El dinero para las misiones de pacificación ha aumentado algo, pero hacen falta 1.000 millones de euros más y, lo que es más importante, soldados de las grandes potencias, que en los últimos años sólo han suministrado unos centenares. Los países que sí aportan fuerzas considerables –como Pakistán, Bangladesh, Uruguay y Nigeria– lo hacen, a menudo, atraídos por el dinero y el equipamiento militar que reciben a cambio. No es extraño que el mando de esas fuerzas se venga abajo con frecuencia. Así, el Consejo de Seguridad volverá a

empujar a la ONU al fracaso, y pondrá en peligro a millones de civiles que no tienen más remedio que confiar en la bandera azul celeste. En gran parte, EE UU y otros países miembros tienen la ONU que quieren y merecen. Pero los partidarios de su reforma deben ver el atolladero de Irak como una oportunidad. En vez de pensar que el nuevo papel central de la institución mundial es una prueba de éxito, el secretario general debe intentar imbuir algo de sentido común a los Estados miembros, que se empeñan en creer que una ONU renqueante puede hacer frente a los enormes retos del siglo xxi. Dag Hammarskjöld, segundo secretario general de Naciones Unidas, solía decir que la organización no se había creado para llevar a la humanidad al cielo, sino para salvarla del infierno. Pero hasta para escapar del infierno hace falta una organización capaz de hacer su trabajo.

Dejar la ONU como está. [Samantha Power](#)

Para Naciones Unidas, tener importancia puede ser casi tan peligroso como no tenerla. En un año, el Gobierno de Bush ha pasado de hostigar al organismo a rogarle su ayuda. Se están creando o ampliando misiones de paz de la ONU en Burundi, República Democrática del Congo, Haití y Costa de Marfil. A finales de 2004, seguramente, estarán en acción más *casco azul* que nunca.

"La idea de que la ONU puede seguir avanzando a trompicones, pese a su atrofia actual, resulta muy atractiva en todo el mundo. Pero creer que las condiciones actuales son suficientes es arriesgado"

Aunque algunos defensores de la ONU muestran su satisfacción por el hecho de que el mundo depende cada vez más de ella, no están las cosas como para alardear. La pesada responsabilidad recae sobre los hombros de una institución que los gobiernos nacionales han mantenido débil a propósito. Después de 60 años, la maquinaria de Naciones Unidas no ha estado nunca tan mal preparada, y su credibilidad ha caído en picado. Las grandes potencias, concentradas en el terrorismo y la seguridad nacional, ponen en manos de la ONU otras tareas, esenciales pero desagradecidas, que antes quizá hubieran abordado ellos (o ignorado). Sin cambios importantes, es muy posible que la organización se derrumbe bajo las presiones crecientes.

La idea de que Naciones Unidas puede seguir avanzando a trompicones, pese a su atrofia actual, resulta tremendamente atractiva en las capitales de todo el mundo; pero creer que las condiciones actuales son suficientes es arriesgado. Por desgracia, la mayoría de los que podrían cambiar la organización están interesados en resistirse. Ninguno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad está dispuesto a renunciar al derecho de veto; los países más pequeños están felices con su voto en la Asamblea General, que cuenta tanto como el de los grandes; a los regímenes represivos les encanta participar en los organismos de derechos humanos, porque les permite sabotear resoluciones embarazosas, y las potencias occidentales, cuyos soldados y recursos se necesitan para reforzar las actividades de pacificación de la ONU, tienen otras prioridades. Incluso dentro del organigrama de la organización, muchos veteranos se resisten a reformas drásticas. Y, aunque los funcionarios de la organización, incluido el secretario general, se dan siempre prisa (y con razón) en achacar a los Estados miembros las limitaciones, pocas veces encuentran el valor para señalar los países concretos que, con su obstinación, tacañería y abusos, socavan la Carta de Naciones Unidas.

Por supuesto, muchas de las críticas dirigidas contra la organización son injustas. Es un lugar para que los Estados se enfrenten o negocien con arreglo a lo que dicten sus intereses nacionales. Y, desde el punto de vista operativo, la organización lleva a cabo numerosas tareas indispensables: alimentar, dar refugio e inmunizar a millones de personas, e incluso, de vez en cuando, desarmar a algún dictador iraquí. Pero la reputación de la ONU, hoy día, depende de la actuación y la supuesta legitimidad de tres de sus componentes más visibles: el Consejo de Seguridad, la Comisión de Derechos Humanos y los encargados del mantenimiento de la paz. Todos necesitan que los reformen o los rescaten.

Ilustración sobre el hiperconsumismo

Image not found or type unknown

La existencia de miembros permanentes en el Consejo de Seguridad –concedida

a los vencedores de la Segunda Guerra Mundial y Francia— es anacrónica. El Reino Unido y Francia no pueden afirmar con justicia que poseen dos quintas partes de la autoridad legal del mundo. En otro tiempo, los cinco miembros permanentes representaban casi el 40% de la población mundial; ahora, el 29%. La mayor democracia del mundo (India) está excluida; también lo están potencias regionales como Nigeria y Brasil, por no hablar de todo el mundo islámico. Los miembros permanentes son los que deciden cuándo una serie de atrocidades justifica la intervención humanitaria, pero en esa decisión intervienen dos de los que más violaciones de los derechos humanos cometen (Rusia y China) y un país (EE UU) que se considera exento de la mayoría de los tratados internacionales sobre la materia. Aunque, en algunos casos, todavía despierta codicia, el *imprimatur* del Consejo está perdiendo su brillo a toda velocidad.

La Comisión de Derechos Humanos, el foro de 53 Estados con sede en Ginebra, se ha convertido en una farsa politizada. Como acepta a todos los que acuden, entre sus miembros se encuentran algunos de los regímenes más crueles del mundo. Libia presidió la Comisión el año pasado, y este año se incorporó Sudán, que está en plena limpieza étnica de cientos de miles de africanos en Darfur. Hasta que la pertenencia no lleve asociadas determinadas responsabilidades, la institución acogerá a demasiados violadores de los derechos humanos y no condenará a los suficientes.

Cuando los Estados del Consejo de Seguridad le dicen al secretario general que envíe tropas a una región, sus pacificadores, muchas veces, se enfrentan a tareas imposibles. Las zonas de conflicto en las que se adentran están entre las más traicioneras del mundo, pero son siempre aquellas en las que Occidente no tiene en juego grandes intereses económicos ni de seguridad. No es coincidencia que los soldados carezcan siempre de los medios suficientes para mantener la paz. En los 90, los *cascos azules* encadenados

a las farolas serbias se convirtieron en símbolos de la impotencia de la comunidad internacional, cuando las potencias occidentales enviaron tropas mal armadas a Ruanda y a la antigua Yugoslavia, sin el mandato ni los medios necesarios para detener el genocidio. Para adaptarse al inesperado aumento de la demanda de fuerzas de pacificación el año pasado, Kofi Annan (a quien le gusta decir, en broma, que "SG" significa "scapegoat", "chivo

expiatorio") ha pedido más tropas, recursos de información y apoyo logístico, además de la posibilidad de pedir refuerzos.

El dinero para las misiones de pacificación ha aumentado algo, pero hacen falta 1.000 millones de euros más y, lo que es más importante, soldados de las grandes potencias, que en los últimos años sólo han suministrado unos centenares. Los países que sí aportan fuerzas considerables –como Pakistán, Bangladesh, Uruguay y Nigeria– lo hacen, a menudo, atraídos por el dinero y el equipamiento militar que reciben a cambio. No es extraño que el mando de esas fuerzas se venga abajo con frecuencia. Así, el Consejo de Seguridad volverá a empujar a la ONU al fracaso, y pondrá en peligro a millones de civiles que no tienen más remedio que confiar en la bandera azul celeste. En gran parte, EE UU y otros países miembros tienen la ONU que quieren y merecen. Pero los partidarios de su reforma deben ver el atolladero de Irak como una oportunidad. En vez de pensar que el nuevo papel central de la institución mundial es una prueba de éxito, el secretario general debe intentar imbuir algo de sentido común a los Estados miembros, que se empeñan en creer que una ONU renqueante puede hacer frente a los enormes retos del siglo xxi. Dag Hammarskjöld, segundo secretario general de Naciones Unidas, solía decir que la organización no se había creado para llevar a la humanidad al cielo, sino para salvarla del infierno. Pero hasta para escapar del infierno hace falta una organización capaz de hacer su trabajo.

Samantha Power es profesora de Política

Pública en la JFK School of Government de la Universidad de Harvard

y autora de

A Problem from Hell: America and the Age of Genocide (HarperCollins, Nueva York, 2003), premio Pulitzer en 2003.

Fecha de creación

18 octubre, 2007